AÑO XXXV — Nº 1726

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

MONTEVIDEO, FEBRERO 13 DE 1966



Puerto de Carmelo
(Fotografía Caruso)

Este es uno de los lugares de acceso más importantes del turismo argentino, recalada de yates y embarcaciones deportivas, muy concurrido en la actualidad con motivo de los festejos del sesquicentenario de la atrayente ciudad. La vista está tomada desde el astillero, en el momento que cruza el río un arenero.



AHIJADA DE TIGRA OVERA HABIA DE SER!

A esta altura, nadie lo duda, la profesión de mannequin es un verdadero arte. Encantador... y muy cotizado, además. Por eso, tantas y tantas chicas aspiran a ese estrellato que es, hoy por hoy, una verdadera carrera.

Y, en otros casos, como el que veremos, ingresan al limitado número de las "elegidas" por directa influencia familiar.

Es el caso de ALINA que, de la mano de su célebre madrina ISA, debutó tardes atrás en un lujosísimo desfile de modelos benéfico realizado en uno de nuestros principales Clubs Sociales. Aplomadísima, la niña lucía delicado vestido de piqué labrado con pollera semiacampanada mientras que ISA hacía lo propio mostrando un elegantísimo modelo en seda estampada.

Felicitaciones a madrina y ahijada y... lo del título!



EN LA EXPOSICION DE IKEBANA LA FLOR MAS HERMOSA ERA KATTY

Como ustedes bien sabrán, el arte de Ikebana, esa maravillosa creación del espíritu estético japonés, se ha convertido en el más delicado y refinado hobby de los altos círculos de nuestra mejor sociedad. Y por lo tanto, cada vez que se realiza una muestra de esas exquisitas creaciones florales, desfilan por los salones de exposición los más rutilantes modelos de nuestros grandes modistos.

Así fue como las otras tardes vimos a KATTY en el más apropiado de los marcos: un maravilloso conjunto de ikebanas, y ella, siempre tan fina, tan distinguida, con un precioso conjunto de vestido y chaqueta en seda estampada. Divina!... realmente daban deseos de ponerla en una macetita!

ársele en 1748 una comisión se dijo de Narbona ue era "persona — reza el documento — de mucha iteligencia en las fábricas (construcciones) y edificios". Y a renglón seguido el historiador Furlong, grega: "Tal vez lo fuera, pero abundan en el Archi- de Tribunales los expedientes relativos a otras ctividades de Narbona: a la de prestamista y coerciante en esclavos"

ARBONA EN LA BANDA ORIENTAL

Realmente Narbona era un empresario capitasta; también intervino en asuntos de riqueza pecuaa, pues lo hemos encontrado vendiendo grandes ntidades de ganado a Yapeyú. Empero, por sobre do nos interesa la actuación de don Juan de Narona en tierras del Bajo Uruguay, concretamente en estancia de la Calera. Según su propia manifesación, se estableció en ella en el año 1732, según mos y tal vez la explotación de la calera estuvo strechamente vinculada a su labor de constructor el templo y convento de las Catalinas, pues coincien en el tiempo ambas empresas.

En el año 1742, fecha en que se presenta por egunda vez — a estar a sus manifestaciones — dice ue en 1732 don Bruno Mauricio de Zabala le conedió licencia "para que pasase a la otra Banda de ste río a fundarse y poner allí una calera escogieno el lugar que le fuese más a propósito para el fecto y que habiendo el suplicante pasado a la icha otra Banda con Fray Pascual García eligió el araje que llaman de las Víboras hasta el arroyo del auce que es el frente de dicho territorio para el araná y Uruguay y habiéndose situado el suplicante a dicho territorio le hizo inmediatamente" Zabala erced de él. Relata luego que habiéndosele "empepelado" dicha merced y sin esperanzas de enconarla, pidió para evitar ser perjudicado, confirmación e la misma y a la fecha anterior, cosa que le fue rometida de palabra por el Gobernador Zabala, que murió casi de inmediato sin poder así decretarle. alcedo, ante quien se presenta en 1742, le hace la merced que pide y en los términos que han quedado xpresados.

Indudablemente Narbona fue un pionero en tieras viboreñas, creando trabajo y bienestar social. Dio singularidad a su actividad allí y contribuyó a que ese litoral tuviera una marcada personalidad conómica. Cuando nuestros historiadores lleguen a ntender que en la Banda Oriental hubieron regiones iferenciadas, con rasgos sustantivos muy importanes, y no una masa informe e indiferenciada de tieras y de hombres, esta región del Bajo Uruguay en a que estuvo enclavada Víboras, adquirirá el rango ue le corresponde.

En el aspecto económico la estancia de Narbona ue una de las más pobladas en ganado. Pudo así acilitar para los fines del rey y del público, muchas eces cantidades importantes; en especial, para el bastecimiento de las fuerzas destacadas en el campo del Bloqueo y las distintas guardias de la región. En cuanto a su calera — vulgarmente llamada después de "Camacho", por su yerno — su cal salió no ólo con destino a Buenos Aires, de cuyas obras era rincipal abastecedora, sino, además, con rumbo a Montevideo. Con su cal, en buena parte se levantaon las murallas de esta plaza fuerte.

Esta estancia tuvo desde sus comienzos su oraorio — por lo menos desde 1738 — como correspondía al devoto espíritu de su dueño, que fue de arácter público y se destacaba que entre Montevileo y Santo Domingo de Soriano fue por mucho iempo el único oratorio de esa índole que el viaero encontraba.

No obstante esta parte efectiva y de positiva uerza con que insidió Narbona en el ámbito econónico y social, de acuerdo al giro que hemos visto, lio a su establecimiento, es de interés destacar que u concesión ya sea por Zabala o Salcedo nos está lemostrando la falta de plan general en la distribución y entrega de la tierra. Cómo el particular tonaba con absoluta libertad lo que a su conveniencia venía bien, quedando muy reducida la ingerencia del obernante.

Este hecho es importante porque trasciende, según lo destacamos, a la estructura social, y desde uego, al plano económico. Artigas aspiró a extirparos, o al menos, a paliarlos, dando entrada en esta región a la existencia *legal* de un centro poblado y ubicado en posición estratégica para su comunicación con el exterior. Este era el gran cometido histórico del Pueblo y Puerto de las Vacas.

Florencia ***FAJARDO TERAN***

(Especial para EL DIA)

---

(1) De otros rasgos y soluciones nos ocuparemos en futura crónica.

(2) Debemos los datos de Cabral de Melo, al historiador don Juan Alberto Gadea, quien además nos adelanta que en ese punto se organizaron y salieron rumbo a la bahía de Montevideo, las primeras caballerías gauchas. Llevaban por fin el de expulsar a los portugueses que acababan de levantar sus barracas. Un siglo más tarde —abril de 1825—, Lavalleja llevaría a cabo un acto semejante.



En primer plano, vista parcial de la casa habitación; en segundo, el mirador y la capilla.



Frente de la capilla de Narbona y puerta principal de la misma.



Plano de la estancia de Narbona. Escribanía de Gobierno.

Al decretar Artigas el traslado de la pequeña población de Víboras al puerto de las Vacas, es indudable que el Prócer aspiraba corregir los viejos defectos derivados en mucha parte de los rasgos propios del proceso poblador que había tenido la región.

HOMBRES EN TIERRAS DEL BAJO URUGUAY

Sabido es que éste arranca en el tiempo, de la corriente de "faeneros" que desde fines del siglo XVII, trillaron estas tierras del Bajo Uruguay, penetrando hacia el Este de la Banda, en procura de ganado. El territorio que constituirá después el gran Partido de Víboras — desde San Salvador a San Juan — sirvió, de primera intención a los célebres "accioneros al ganado" de verdadero trampolín para sus fructíferas incursiones en tierras orientales. Hoy día, al contemplar desde nuestra costa oriental — por ejemplo en la estratégica Punta Gorda — las tierras de la margen derecha del Río Uruguay, nos explicamos, cuán tentados — por lo fácil y el proficuo resultado que les esperaba — estuvieron los hombres de la otra orilla para cruzar hacia esta Banda.

Los hombres "sueltos", promediando el siglo siguiente — XVIII — debieron ser constantemente controlados para que no incursionaran hacia ella, tal el "encanto" — palabra textual — que sentían por venir a estas tierras en las que el alimento abundaba y en pequeña escala, podían lograr contrabandear con la Colonia, previo apoderamiento de algún ganado.

Empero, son otras más sustanciales facetas, que al presente nos interesa.

FIJACION DEL "FAENERO"

Aquellos "faeneros" que llegaron en las últimas décadas del siglo XVII y primeras del XVIII, con permisos precarios otorgados por el Cabildo de Buenos Aires para las faenas o recogidas de ganado, bien pronto aspiraron a afincarse en forma definitiva, no transitoria como en sus comienzos, y procuraron la ocupación efectiva de la tierra. ¿Dónde mejor y más fructífero, para ello, que establecerse en éstas del Bajo Uruguay, junto a sus calas o puertos, para tener así base segura para el acopio de cueros, concentración de animales en pie y hasta planear la primitiva industria del sebo y de la grasa?

LAS MICRO-CELULAS

Así se estableció el hombre en tierras del Occidente oriental. El Dr. Felipe Ferreiro le llamó, con feliz expresión, colonización por micro-células. Y si bien es cierto que el gobierno político meditó la utilización del factor religioso para catequizar y poblar, ello fue, en definitiva, en poca escala. Sus alcances muy limitados tanto en resultados como en tiempo, pues las reducciones no prosperaron. De ahí que el medio más eficiente de ocupación efectiva de la tierra fue la que derivó de los faeneros, que dieron los rasgos sustantivos de este modo de poblar. Allí — litoral occidental — no existen centros poblados creados por la autoridad política y por ende, las leyes de Indias en cuanto a reparto de tierras por actividad de "acto poblador", no tuvo adecuada aplicación. Así los centros poblados fueron sustituídos por aquellas preindicadas micro-células.

LOS FAENEROS Y LA EXPLOTACION ECONOMICA

El método de explotación utilizado por los faeneros — grandes convoyes de carros, carretas, boyadas, centenares de peones, armas para la defensa y material adecuado para la matanza o la conducción del ganado y su traslado pertinente a la otra Banda, etc., indicaba que todo "hombre suelto" que en pos de ellos viniese, tendría forzosamente que gravitar en la órbita económica de aquellos célebres faeneros — o empresarios de corambres — cuyos nombres han quedado prendidos en serranías, pasos, arroyos y árboles aún, como lo es el de los "Talas de Illescas" mojón en el itinerario seguido por el ejército de Andonaegui en marcha a las Misiones por el año 175

Al fijarse y dar origen a la micro-célula, és contempló distintos elementos del humano vivir. A fueron ellas expresión de vida espiritual — el or torio privado (que también pudo llegar a PUBLICO económico, justificativo de la fijación, y que a trav de las explotaciones de diversa índole — cuereada graserías, venta de ganado en pie — y aún comerci en su propio centro, cuando en la microcélula hab una pulpería, hecho corriente y de su interés; y p último el social, vale decir, su efecto *atractivo* *aglutinante*, que el conjunto de las otras producía

HOMBRES SUELTOS Y FAMILIAS CRIOLLAS SIN DESTINO

Por ello, predominará en esta región — es un de sus rasgos singularizantes (1) la presencia de lo hombres sueltos y de las familias criollas sin destin (es decir sin tierras).

Ellas estarán adscriptas a las de las familias d los grandes faeneros o poseedores de tierras de alt jerarquía social y económica que vendrán luego, tale entre otros, don Francisco de Albín y don Juan Antonio de Arroyo.

CARMELO
EN SU
SESQUICENTENARIO

Hombres sueltos y familias criollas sin destino serán, andando el tiempo, una de las grandes preocupaciones del gobierno colonial, cuya ubicación le resultó muy difícil llevar a cabo.

LAS TIERRAS DEL BAJO URUGUAY, PIONERAS EN ACTIVIDAD ECONOMICA

Antes de nacer Montevideo ya están en este Bajo Uruguay, en plena explotación, las embrionarias industrias derivadas de la riqueza pecuaria. La grasería de don Juan Cabral de Melo, famoso empresario de faeneros, establecido con esta actividad aún antes de finalizar el siglo XVII, con puerto y barcos en sus campos, es buena prueba de ello (2).

Y estaba aquella ciudad en sus difíciles años iniciales, cuando otro capitalista de la empresa del corambre — don Juan de Narbona — daba comienzo a la explotación de las calizas, en su no menos célebre calera, dentro de las tierras cuyo plano ofrecemos al lector.

DON JUAN DE NARBONA

Según lo dice el mismo don Juan de Narbona, su fijación en tierras orientales tuvo lugar en el año 1732, lo que está indicando que su presencia en ellas antecedía a esa fecha.

Empero, y antes, vamos a presentar a tan importante personaje, a través de los párrafos que el distinguido historiador argentino Dr. Enrique Udaondo le dedica en su Diccionario biográfico colonial argentino. Dice allí, textual:

"Comerciante. Erigió los templos del Pilar y de las Catalinas. Según declaración del mismo, era natural de Aragón. Vino al Río de la Plata para ejercer el comercio. Debió tener fortuna, pues a raíz de la muerte de don Pedro Butinaza, en 1717, quien prometía edificar a su costa una iglesia y conventos de religiosos recoletos de San Pedro de Alcántara, en un suburbio de Buenos Aires, don Juan de Narbona ofrendó la suma de $ 20.000 para la erección del templo y monasterio, monumento que aún subsiste y que es un digno exponente de la arquitectura colonial". Agrega luego, que "la construcción se inauguró solemnemente el 12 de octubre de 1732 con la presencia de las autoridades eclesiásticas y civiles y de un gran concurso de fieles".

Se refiere también Udaondo a su actuación en la construcción del templo de las Catalinas, diciendo: "El Sr. Narbona también tomó a su cargo la obra del templo y convento de las monjas catalinas, en el año 1731, en calidad de empresario constructor, etc.". Agrega que "estando la construcción muy adelantada, Narbona falleció en esta ciudad "en la semana del domingo 16 de abril del año 1750", y entonces su viuda, doña María Teresa Robles, y su yerno, don Francisco Matías Camacho, solicitaron continuarla y concluirla bajo ciertas condiciones; con tal motivo se originó un largo pleito que fue fallado a favor de los proponentes. Su esposa falleció el 26 de enero de 1755 y fue sepultada en la Recoleta".

Por su parte, otro historiador argentino se ha ocupado de la personalidad de don Juan de Narbona, expresando el Sr. J. Guillermo Furlong, que al con-



Aquí se aprecia la reciedumbre del mirador y su adecuada función de atalaya.



Vista parcial de sus tan sobrias como artísticas rejas y aberturas.



En grutas como ésta, donde se dice que antiguamente se celebraban sacrificios humanos, hoy rondan los espíritus de los antiguos habitantes.



Las colosales cabezas diseminadas por la isla, testimonian la existencia de una antigua, misteriosa e ignorada civilización.

del combate mítico entre los Orejas Grandes y los Orejas Chicas, se erigieron en homenaje de reyes y guerreros, como Hotu-Matua, el primer monarca, representan personajes, héroes, dioses? Acaso nuestro toromiro lo sepa, pero nada nos revela su estática presencia.

Y nos gusta creer en una historia legendaria que explicaría el misterio de los colosos abandonados. Trabajaban los escultores en la cantera encargando a otros hombres de pescar para ellos peces y langostas. Y sucedió que varios de esos pescadores descubrieron en una cueva, una langosta enorme que no podían atrapar. Otros se sumergieron para conseguirla y no reaparecieron más. Los restantes tejieron una red gigantesca, capaz de apresar al extraordinario ejemplar. Doce hombres perecieron intentando pescarla. Hasta que tres pescadores jóvenes lograron apresarla con la red, llevándosela a los escultores. Estos llamaron a una hechicera para que se las cocinara, y ésta puso la langosta en el horno, recomendándoles guardar para ella un trozo, cosa que le prometieron. Pero cuando el manjar estuvo pronto, lo devoraron sin acordarse de la petición, y reiniciaron su tarea. Volvió la maga y al advertir que no le habían dejado ninguna porción del alimento, enfurecida, maldijo a los escultores con un conjuro terrible: "Estatuas que estáis de pie, caed. La culpa es de la gran langosta, de la langosta de larga cola de la que no me habéis dejado un pedazo. Nunca más me robaréis mi alimento. Estatuas, inmovilizaos para siempre". Tal, en resumen, el mito nacido en torno de ese gran cementerio silencioso.

Tan silencioso como el idiolillo que nos acompaña desde hace tantos años.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para el Suplemento Dominical de EL DIA).



Como sus antepasados, el artesano talla en maderas curiosidades para los viajeros.



Una joven belleza nativa de la isla de Pascua, de nuestros días.

PASCUA, ISLA SIN DESCIFRAR



Tallado en madera de toromiro, el ídolo pascuense representa una vieja tradición heredada de generación en generación. Estas estatuas en madera tenían un cometido religioso, desapareciendo su poder sobrenatural al terminar la ceremonia.

FEO y enigmático, el ídolo nos acompaña desde hace muchos años. Vino de Rapa-Nui, a encendernos la fantasía con la historia fabulosa de ese roquedo mecido por las olas del Pacífico, donde manos anónimas lo tallaron en un tronco de toromiro, el árbol raquítico y escaso, semi extinguido, del cual toma nombre. Se nos aparece como un superviviente de una raza desaparecida que dejó su huella en estatuas colosales que siguen ofreciendo su perpetuo enigma, sobre el suelo volcánico, como una contradicción en el paisaje de los trópicos. Nuestro toromiro reviste la obstinada mudez de las cosas selladas para la curiosidad del hombre, y escamotea las respuestas que sus antepasados se llevaron con ellos hacia el gran Sol poniente de la muerte. Una sonrisa se diluye en la mueca de la boca hundida, en los párpados bajos como si sus ojos no quisieran mirar más las cosas de la tierra, en toda la grotesca e intimidante máscara de la estatuilla, con su aire de deidad pagana o de espectro errante. Nunca lo hemos contemplado sin que la imaginación no nos conduzca a su patria y nos rodee del ámbito legendario que despierta la evocación de su isla natal.

La silueta imprecisa de la costa no atrajo la curiosidad del filibustero Edward Davis, que la avistó y pasó de largo frente a ella, en 1687. Los navegantes del siglo XVIII y comienzos del XIX, así como los balleneros que más tarde recorrieron las costas australes, tampoco pusieron atención en la orilla desconocida. Pero el domingo de Pascua de 1722, el almirante holandés Roggeveen se aproximó a la isla, y con sus tripulantes puso pie en ella. La incomprensión y el temor de éstos, ante las demostraciones de los nativos, cuyas intenciones no entendieron, se resolvió en matanza; llegaron a divisar extraños monumentos y volvieron a bordo. Y la isla de Pascua fue olvidada por medio siglo. Volvió a descubrirla Felipe González y Haedo, en 1770, anexándola a España con el nombre de San Carlos. Y de ahí en adelante, otros viajeros llegaron, como el capitán Cook, que en 1774 la visitó difundiendo su leyenda por los países europeos; más adelante, las expediciones del francés La Pérouse, del ruso Kotsebu, del inglés Beechey, fueron añadiendo detalles que ampliaron el relato exótico. Y las cartas y dibujos de Pierre Loti contribuyeron en mucho a acrecentar la fama extraña de la perdida isla polinésica que parece escenario de un tremendo cataclismo, y que pertenece a Chile desde 1888.

Todas son conjeturas: el origen geológico, el origen étnico, la interrogante que formulan sus colosos distribuídos generalmente por la costa, dando la espalda al mar. Algunos, erguidos aun sobre los *ahus* o monumentos funerarios; la mayoría, tumbados en la cantera, de bruces, y cerca de ellos los utensilios empleados en su ejecución, como si el escultor hubiera de regresar para proseguir la tarea. ¿Inmenso adoratorio, inmensa necrópolis? ¿Esas enormes cabezas de piedra volcánica datan de hace miles de años, o no se remontan más allá de los setecientos? ¿Esos reyes de los que conservan vaga memoria los herederos de una tradición oral nebulosa y plagada de contradicciones, fueron seres históricos o pertenecen al puro terreno legendario? ¿Cómo fue la vida en esa islilla de forma triangular y apenas 142 kilómetros cuadrados que la paciente labor del mar reduce cada año, recortando las orillas, situada bajo cielo tropical, pero con parajes tan áridos y desolados como una pesadilla, y que, sin embargo, ofreció a viajeros de tiempos pretéritos, la imagen risueña, fértil y florida que justificó su nombre de Pascua? Es evidente que guarda celosamente su secreto, y que esas estatuas ciclópeas parecen los centinelas del enigma, velando por la inviolabilidad del pasado hundido en el olvido.

Mitos y leyendas se confunden; historia y supersticiones; lo mágico y lo verídico tejen una trama compleja, sobre un fondo de canciones tradicionales, de poemas rudimentariamente cosmogónicos, de músicas que insinúan movimientos rituales. El arte esbozó el vuelo de sus grandes alas en los petroglifos, en las inscripciones, en las tallas de hueso y madera, en los tatuajes. Observa Métraux que cada región de la Polinesia se ha especializado en una determinada forma artística: el arte del tatuaje, en las islas Marquesas; la escultura en madera y jade, entre los maories; la estatuaria, en la isla de Pascua. Sin embargo, también el tatuaje fue apreciado y cultivado en ella. Era signo de distinción, aún más que el vestido, y obtener el tatuaje total insumía diez a doce años, siendo tarea que debía iniciarse temprano, a los ocho años, para llegar a tener completa la decoración del cuerpo en la juventud.

Libérrimos en sus costumbres, de moral fácil, poligámicos hasta que la obra misionera del hermano Eyraud, primer europeo que vivió y murió en la isla, llevó a sus conciencias nociones no demasiado estrictas sobre el bien y el mal, conservan los descendientes de la antigua raza muy arraigadas las ideas hereditarias en las que los tabú y las creencias idolátricas se entremezclan confusamente con las premisas del cristianismo. Van a misa, pero todavía, por la noche, no quieren hablar de los espíritus errantes que deambulan entre las grietas de las cavernas o se amparan al abrigo de los macizos monolitos. Los muertos vuelven a la superficie, como en el pasado el espíritu del difunto vigilaba muy cerca del propio cuerpo que se corrompía, a la espera de que el esqueleto, limpio al fin de la carne perecedera, fuera a encontrar reposo definitivo en los *ahus* monumentales. Las estatuillas de toromiro, como nuestro ídolo, tuvieron acaso un cometido religioso, sin mayor fanatismo, como si revistieran un contenido sobrenatural que dejaba de existir una vez finalizada la ceremonia. Actualmente, imitando con maestría los viejos modelos, se fabrican pequeñas estatuas, cuchillos, bastones, que evidencian la continuidad de una artesanía espontáneamente aprendida.

Es indudable que la gran pregunta planteada por la civilización pascuense a los estudiosos, es el significado de las grandes moles pétreas, esos titanes yacentes, estatuas sin cuerpo, en realidad bustos o cabezas talladas en una materia fácil para el desgaste y los rigores de la intemperie. ¿Fueron acaso testigos



El padre Sebastián Englert reside en la isla de Pascua desde 1935, y es el verdadero patriarca de la misma. Se le deben estudios insustituibles sobre historia, leyenda, y vocabulario pascuenses.



Apuntes del natural tomados por Pierre Loti, en el siglo pasado, como el que aquí reproducimos, difundieron en Europa la imagen exótica de la isla de Pascua.

provoca el encuentro con sus monumentos, el recorrido de sus calles y grandes espacios, la visita a sus casas, milagrosamente en pie. Por otra parte, no es, simplemente, un yacimiento arqueológico, como Prienne o Pergue. A la vera de la ciudad vieja, compleja, casi inabarcable, que sigue saliendo a luz por el trabajo de expertos, el habitat moderno, industrial, con la mirada puesta al futuro y afirmado en las necesidades del presente, se sostiene y engrandece. Es poca cosa, lógicamente, al lado del tremendo paisaje y de los restos que en él se emplazan o van sacándose de debajo de la tierra; no es tampoco, siquiera, una gran urbe, como Esmirna; pero llegará a serlo, sin atadijos comprometidos, sin las limitaciones que siempre impone un pasado grandioso, amenazando de cerca, por su sola y espléndida presencia.

Pero tampoco se me ha ocurrido, bueno es que lo aclare, tentar, en una simple nota, la descripción por menudo de los valores de Efeso. Quizás me refiera alguna otra vez a algunos de sus monumentos o lugares más señalados. Me basta ahora, con dar noticia de mi deslumbramiento en ella y de los porqué. La conocía por mis estudios. Ignoraba, de todos modos, lo que efectivamente era. Y no había leído, antes de llegar a ella, texto que me lo anunciara; ahora poseo documentación; la obtuve en Turquía. Y la sufrí gozosamente con la vivencia directa que reputo, para mí, insustituible. Efeso es una experiencia increíble, otra más que se suma para alimentarme la desconfianza hacia los libros más difundidos, de uso corriente en nuestro medio cultural; aun de los famosos. Esa prevención comenzó, también lo declaro, hace bastante tiempo. Y nada ha ocurrido, de entonces acá que me obligue a rectificar posición tan audaz, tan imprudente, y, en apariencia, pedante.

Dejo de lado, porque quizá merezca comentario separado, la zona montuosa que se descubre hacia el sur y donde se levanta la controvertida Panaya Kapulu, La casa de la Virgen María, con su iglesia-mezquita y sus aguas milagrosas. Es paraje inolvidable y desde el trazado de la sinuosa ruta que asciende, el paisaje se ennoblece; también se domina, con amplitud satisfactoria, el amplio conjunto de la ciudad. En esta se continúan los trabajos. Los últimos de fines del año 64, aún no publicados, habían puesto a luz dos calles en escuadra, con pavimento de mármol y pórticos y habitáculos. Delante de nuestros ojos asombrados, mientras comíamos, a mediodía, apresuradamente —¿cómo perder tiempo en cosas necesarias, pero cotidianas? — en un pequeño restaurante que enfrenta al Agora helenística, donde se cumplía un amplio plan de movimiento de tierras, vimos surgir, de las profundidades una escultura en mármol, sucia aún, mutilada, sin catalogar. ¿Cuántas más se han descubierto desde entonces?

La dificultad que Efeso presenta, para una visita interesada — y no puede ser de otra manera — radica en la firme, tremenda complejidad de su estructura. Allí se superponen o, mejor, coexisten, testimonios de tiempos diversos. Los menos impresionantes pertenecen, precisamente, a la etapa griega. Pero son indescriptibles los solemnes vestigios de su pasado helenístico, suntuoso y del período romano.

No olvidemos que, en época de Augusto, Efeso volvió a imponerse como ciudad la primera en Asia Anterior; gran centro de actividad y relación. ¿Por qué, si no, habría de haberla elegido Pablo de Tarso en su itinerario predicador inteligentemente orientado? No sólo porque se admite que allí Juan escribió su Evangelio. Sobre todo, por su importancia y densidad; también por la necesaria lucha contra el mantenido culto de Artemisa o Diana.



El templo de Adriano.

Lo helenístico y romano conviven muy bien; y los restos, las sabias reconstrucciones, definen la unidad del ámbito y justifican la tesis de relación de desarrollo que Roma toma de Oriente, no exactamente de Grecia.

Dije que no conozco ciudad en Europa que pueda compararse a ésta, para una toma de contacto con el mundo clásico antiguo. Y lo confirmo. Las grandes urbes, como Atenas, Roma, Alejandría, se han ido transformando y guardan vestigios; Esparta, ni siquiera eso; y Argos no merece la comodidad del corto viaje a que obliga. Pompeya y Herculano, testimonios excepcionales, son ciudades provincianas. Efeso fue asiento principal de una cultura en desarrollo poderoso, cada vez más espléndido. No es que carezca de rivales; los tiene en la misma Turquía; y pronto habré de referirme a Mileto y Pérgamo, que también configuran otra etapa en la serie posible de grandes asombros, de intensas emociones.

Recordemos los gimnasios, las agoras, los templos, la gran biblioteca de Celsio, el Odeón situado sobre el monte Pion y el enorme teatro para 25.000 espectadores, en otra pendiente del mismo monte. Pero, sobre todo, importa recorrer las calles; la Arcadia, que enfrenta al teatro, con pavimento en mármol; conducía al puerto, que luego desapareció. Y otras, en pendiente o en el llano, con o sin pórticos.

La llamada de mármol es deslumbrante; y la Kureta aparece como su rival más noble. No sólo por ella misma, por su trazado severo, por la riqueza de su estructura, por los monumentos y servicios públicos que la enfrentan; también por las casas particulares de pisos, por el insolente burdel, cercano a uno de los templos más hermosos, el de Adriano, y de la gran fuente monumental.

Quedan, todavía, los restos paleo cristianos, que no son pocos ni de mérito inferior. Puedo dudar de la Tumba del Evangelista Lucas; puedo tener en menos la gruta de los siete durmientes ,incluida en una de las historias que giran alrededor de la persecución a los cristianos. Lo que no puedo olvidar, como documento inevitable de la arquitectura medieval más solemne y menos mentada, es la Basílica de San Juan, del siglo VI, levantada en pleno reino de Justiniano. Es cierto que fue arrasada por Tamerlán, pero se ha podido reconstruir parcialmente y con gran respeto por la realidad antigua mantenida. Tampoco debo dejar de lado la más antigua (siglo IV) de Hagia María y su Batisterio.

Pero, además y por si fuera poco lo señalado, junto con otras construcciones bizantinas, de entre las que se destaca la ciudadela y la Puerta de la Persecución, decorada con una escena de combate que ilustra la vida de Aquiles, están los edificios musulmanes. La mezquita de Isa Bey, en ruinas, desafectada del culto, es uno de los ejemplos más insignes que en la materia se reúnen dentro de todo el ámbito del dominio otomano.

No quiero hacer una lista; sería traicionar la esencia de la cosa. Transformar esta experiencia en un repertorio clasificado, con varios adjetivos, no responde a la verdad de lo que he llamado deslumbramiento. De cierto, importa cada uno de esos ejemplos insignes; importa el Templo de Serapis y la Puerta de Magnesia, por citar más ejemplos. Pero estoy seguro que no dicen nada a la mayoría, y es a esa mayoría poco enterada, que me dirijo. Y a la que me siento en el deber de poner en relación con una vivencia inolvidable. Dar datos, describir, situar en el tiempo, si, vale. Pero que queda para otra vez; alguna vez. Ahora importa más, a mi juicio, destacar la complejidad vital del ámbito y cómo esa complejidad tremenda, que fija hitos históricos por la altivez de lo artístico logrado, esencial, es más que documentación para estudio. Es la presencia apretada del tiempo transcurrido, impuesta por el testimonio urbano, por la excelencia de la creación, por el sentido inquietante y tan vital de la integración, sostenida, activa, de la relación Oriente-Occidente.

Uno no se siente en un campo de ruinas aunque de ruinas se trate. Caminando y deteniéndose, informándose o gozando sin más el hallazgo, subiendo escaleras, sentándose. vibra, impredecible e indefinida, la presencia del todo. Y Efeso se nos cuela dentro. Ya no existe el tiempo. Que es como asegurar que, efectivamente, el milagro acontece ,que ha de admitirse absurdamente posible.

Arq. F. GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



Restos del ágora romana.



Puerta de la Persecución.



Los restos del burdel.



Vista general de la calle Kureta.

EFESO Y EL DESLUMBRAMIENTO

CUANDO alguien se refiere a Efeso, parece inevitable ligar su nombre al de la Diana o Artemisa que se caracteriza con su nombre: una figura monstruosa, inquietante, con múltiples mamas: réplica contra la lógica, afirmación mágica de la fertilidad. La escultura es, efectivamente, muy conocida; hay, de ella, varias réplicas y Nápoles posee una de las mejores. Se ha publicado mucho; y siempre presenta el atractivo de lo insólito, de lo audaz y lo irracional casi morboso.

No resulta, al fin, propuesta errónea esa que vincular a la ciudad con una determinada diosa, pues su culto conoció, en ella, importancia suprema y dio motivo al gran templo, dos veces destruido y de cuya última versión, prodigiosa, el recuerdo de los antiguos mantiene viva la noción de maravilla, de cosa excepcional. Lo que suele olvidarse es que la tal Diana aparece como versión romana de una deidad más antigua, a la que fue asimilada y que se llamó Cibeles. Sí; la Cibeles que, por esa contradictoria intervención de las circunstancias es, hoy, símbolo de Madrid, en España; y la imagen más querida de todo madrileño. Tampoco se recuerda que Efeso fue patria de Heráclito, uno de los primeros pilares de la filosofía.

Pero los desenfoques de estima, la desubicación estimativa que se da, para este y otros casos de ciudades y lugares, es, en general, producto de una toma de posición de la historia, que se mantiene sin revisión. Cuando se habla del mundo griego, otra vez pesan los conocimientos divulgados y los prestigios impuestos. Uno se concentra en Atenas y en Esparta; quizás considera a Tebas y Delfos o Corinto; no va más lejos. Nadie duda de la importancia que tuvieron estas ciudades. Pero ello no impide reconocer valía a otras. Y las hay tan excepcionales que, si se ahonda un poco, merecen la primacía. Efeso fue, precisamente, ciudad notable; y esa condición de superioridad decidida dentro del pasado anterior a la hegemonía de Atenas, se volverá a plantear para la etapa romana. Cuenta, asimismo, con su acontecer vital, la etapa helenística, la cristiana primitiva, la bizantina y, aun, la turca. A Efeso están vinculados los nombres de Lisimaco, el lugarteniente de Alejandro, de María y de Juan Evangelista, de Pablo de Tarso, de Justiniano, de Tamerlan y del gran sultán Murat II, entre otros.

No me interesa, ahora, sintetizar la larga historia de la ciudad cuyo emplazamiento o centro urbano fue varias veces movido en la zona que ocupan sus extensas ruinas. El conocimiento documentado se ubica muy bien por el II Milenio A.C.; ya entonces estaba impuesto el culto de la Diosa-Madre Cibeles, venerada en toda Anatolia. Fue Androcles quien, en el siglo XI, fijó allí la residencia del grupo jonio que comandaba, ubicándose cerca del golfo espléndido, hoy desaparecido. De entonces para adelante, la ciudad creció afirmativamente y se impuso con altivez, enriqueciéndose de edificios y monumentos. Por la séptima centuria, Efeso era la más potente urbe helena en el aspecto comercial. Tenía, para lograr esa posición destacada, un emplazamiento favorable, entre Oriente y Occidente; contaba con el genio jónico, con su independencia mental su vocación política y su sentido aventurero. Era parte de Grecia. Pero recibía de Oriente la antigua sabiduría, teñida por magia o superstición, pero nutrida de un conocimiento superior. Logró el equilibrio. Y dio sitio a Heráclito. Y dio, también, empuje revisionista, franco, positivo, rico, a la arquitectura y a la estatuaria.

Hubo de soportar, luego, un breve eclipse de poder; con el dominio sucesivo del Rey Creso y la conquista del persa Ciro.

Su grandeza, las proyecciones de su actividad, el aporte creacional, la fuerza cultural que de Efeso emanaba, se extendió por el Mediterráneo, mucho antes, pues, que Atenas dejara de ser una aldea sin importancia. Y recupera esa preponderancia después de la hazaña de Alejandro, que conquista Asia y quiere unir los dos mundos.

Esto es: Alejandro llevó a gran escala el plan que, prácticamente, sin programa previo y en otra medida, había cumplido la ciudad sola, por su carácter. ¿Puédese olvidar? ¿Es lógico que se la ignore en lo que lo vale? ¿Por qué sigue siendo una referencia lateral en esos textos monstruosos que tan rápidamente se dedican al siglo V y nos cuentan poco menos que día por día lo que en Atenas pasaba entonces? Más vale no ahondar. Pero importa llamar la atención sobre los hechos.

Por otra parte, Efeso es, ahora, una de las ciudades más apasionantes para conocer lo greco-romano, de cuantas existen por el mundo entero. No conozco, en Europa, ninguna que proporcione tanto al visitante bien animado, atento y, por supuesto, infatigable. Pues hay que superar las penurias físicas para recorrer, como corresponde, la inmensidad de su entorno; y soportar, que es más difícil, el choque emocional que



Estatuas en la vía Kureta.



La basílica de San Juan.



...ENCIA POESIA

...iglos antes por Varrón y Lucrecio.
...o se ve, el conocimiento de la existencia
...organismos patógenos no es tan moderno
...rece. Es claro que nadie había visto tales
...nismos porque la técnica microscópica es-
... por venir, pero el genio suele prescindir de
...umentos.
...abía admitido siempre que podría nacer un
... una planta sin necesidad que existieran pro-
... que los engendrasen; la vida surgía de por
...o se llamaba "generación espontánea". Nadie
...mostrado que podía "fabricarse" un insecto
...anta, pero el vulgo y los sabios lo admitían
... hecho comprobado y las Sagradas Escrituras
... modo lo corroboraban. Redi demostró lo
... con un experimento sencillísimo.
...a dos recipientes —dice— y pon un pedazo
... en cada uno; deja uno de los recipientes
... y cubre el otro con un lienzo. Las moscas
...al primero donde al poco tiempo se obser-
... han nacido larvas de moscas, mientras en el
... cubierto con el lienzo no aparecerán nunca
... ni moscas. Luego, para que éstas nazcan
...rio que existan otras que las produzcan; de
...deduce, generalizando, que todo ser organi-
...e tener progenitores de su misma especie;
...e transmite a los descendientes y la genera-
...ntánea no existe.
... describió sus experimentos y expuso sus
... sus descubrimientos en un conjunto de
... abarcan siete volúmenes; pero en aquella
... mitad de Europa se encontraba en guerra
...ra mitad, y la gente se hallaba tan ocupada
...narse mutuamente que no tenía tiempo en
...e por los experimentos, los descubrimien-
... teorías de Redi. Además, una especie de
...nental impedía que las Academias sabias
...ran los antiguos principios, tanto que tuvie-
...transcurrir unos ciento cincuenta años para
...aro Spallanzani demostrara con sus mara-
...experimentos que el genio de Redi había
...cho más allá que otros sabios posteriores
...poderosos microscopios.
...zo, la antiquísima ciudad toscana, recuerda
...azas, en las calles y en los monumentos a
... grandes hijos: Petrarca, Guido d'Arezzo,
...Vasari; pero aún no ha dedicado una calle,
...a o un monumento a Francesco Redi, el
...lustre que cierra con su obra poética los
...báquicos, antiguos símbolos de la inmorta-
...a abrir con su obra científica un nuevo sen-
...a eterna continuidad de la vida.

Ing. Enrique ***CHIANCONE***

...l para EL DIA)

Miguel Angel (1474 - 1564). Baco. Florencia. Academia de Bellas Artes.

TIRIOLO es una pequeña y hermosa ciudad de Calabria, célebre en el folklore y en el arte por los vistosos trajes regionales de las mujeres, y célebre en arqueología porque en sus alrededores se encontró durante el año 1640 una tabla de bronce en la cual está grabado el texto original de un *Senatus consultum*, o sea un decreto del Senado romano. La tabla de bronce se conserva en el Museo de Viena, tiene la venerable edad de dos mil ciento cincuenta y dos años ya que data del año 186 a. C. y el decreto en ella grabado establece la prohibición absoluta de las Bacanales en toda Italia.

Como es sabido, las Bacanales eran fiestas celebradas en honor de Baco, el dios hijo de Júpiter y Semelé, que conquistó la India con un ejército de hombres y mujeres cuyas únicas armas eran tirsos y tambores, que enseñó en Egipto la agricultura a los mortales, que inventó el arado, y que por primera vez plantó la viña y enseñó a elaborar el vino.

El arte antiguo multiplicó la representación de las Bacanales con procesiones de silenos, bacantes, faunos y sátiros danzantes precediendo y siguiendo a Baco que coronado de yedra y pámpanos avanza sobre un carro tirado por leones o panteras. A veces el carro solía simular el navío con el cual Baco había viajado desde la India a Egipto, desde el Egipto a Arcadia y desde Arcadia a Italia. El carro era entonces el *carrus navalis*, palabras que el tiempo acortó en *car-naval* para indicar con ellas otras fiestas menos simbólicas pero casi tan bulliciosas como las antiguas Bacanales.

Decimos menos simbólicas porque Baco era, entre otras cosas, el principio de la vida, el salvador de los iniciados y el revelador de los misterios, y en tal carácter se realizaban en su honor las Bacanales; pero los griegos inmigrados que introdujeron en Italia estas ceremonias llegaron a constituir primero en Etruria y después en Roma una secta secreta de unos siete mil adeptos, los cuales reuniéndose a altas horas de la noche en lugares ocultos habían transformado las que debían ser fiestas en honor de Baco en orgías vergonzosas e infames.

La secta fue descubierta por una mujer cuyo nombre era Ispala Fecenia quien reveló al Cónsul Postumio Albino los lugares de reunión y los actos que en ellos se cometían; el Cónsul pidió al Senado un castigo ejemplar, y el castigo llegó rápido y terrible. Después de un juicio sumario algunos adeptos fueron condenados a la cárcel perpetua y los restantes a la pena capital; además un Senadoconsulto prohibió en absoluto la celebración de las Bacanales en toda Italia. Precisamente ese Senadoconsulto, emitido en el año 186 a. C., es el grabado en la tabla de bronce encontrada en los alrededores de Tiriolo y a la cual nos hemos referido antes.



Annibale Carracci (1560 - 1609). Triunfo de Baco y Ariadna. Roma. Palazzo Farnese.

Pero si se prohibieron las Bacanales, el arte continuó a representarlas, porque Baco era la exaltación de la vida y la idea mística de la inmortalidad. Sus atributos principales, el vino y la uva, eran considerados como símbolos, porque el vino que infunde energía cuando la uva que lo produjo ya no existe más es una alusión a la nueva vida que surge cuando termina en el hombre la vida terrenal.

Los motivos báquicos, tales como los sátiros que exprimen los racimos o pequeños genios que pisan

CIENCIA

la uva, representaban para los antiguos romanos una idea de continuidad de la vida, una idea de inmortalidad tan naturalmente ligada a estas acciones que ellas pasaron de los bajorrelieves paganos a los primeros sarcófagos y mosaicos cristianos.

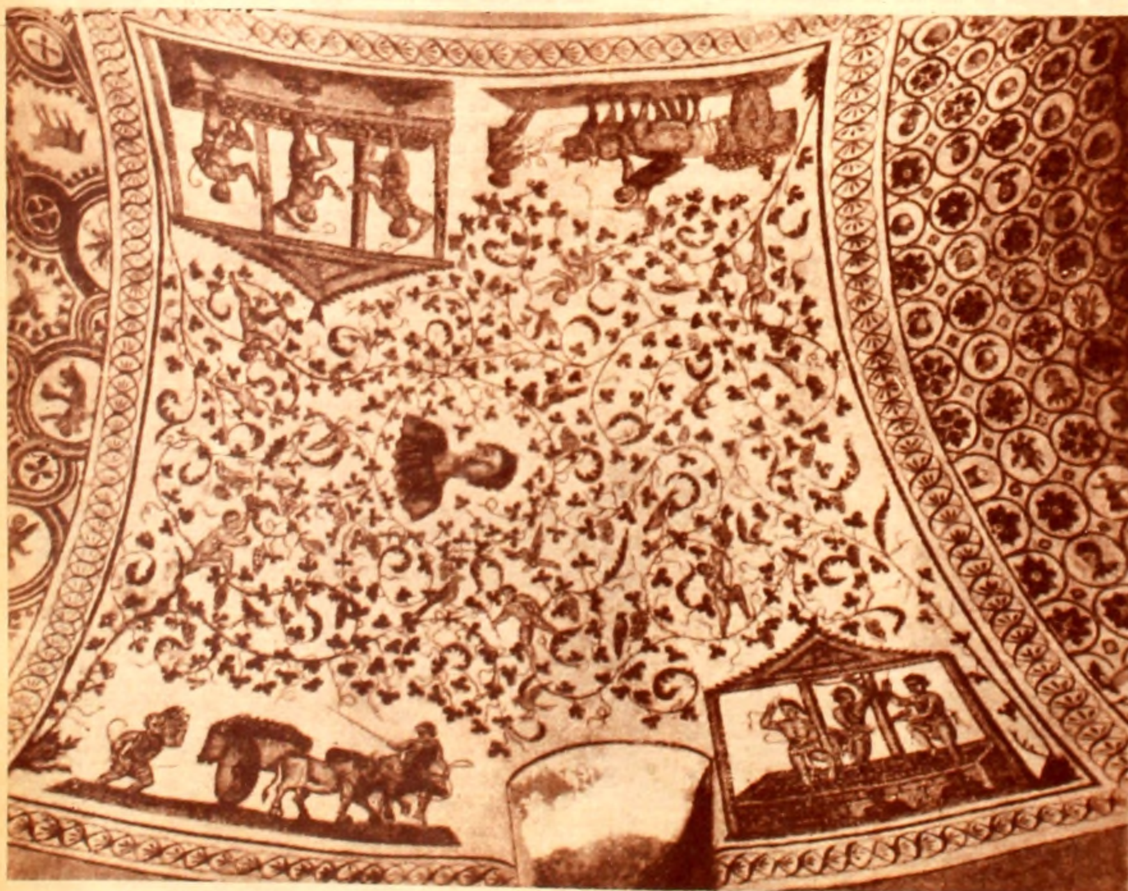
El culto de la antigüedad hizo que los mismos temas fuesen tratados en el Renacimiento por los más grandes artistas, desde Miguel Angel y Sansovino a Tiziano, y desde Rubens y Caravaggio a Carracci. La obra más grande de Annibale Carracci, y una de las más altas expresiones de la pintura italiana, es el conjunto de frescos que decoran la Galería del Palazzo Farnese en Roma; y la más vasta composición de estos frescos representa precisamente el *Triunfo de Baco y Ariana* en una escena ardiente de vida y en un estudio estupendo de los personajes que la componen.

Y con los artistas, los poetas y literatos: Lorenzo de Médici, el "Magnífico", canta el *Trionfo di Bacco ed Arianna;* y más tarde un gran médico, y al mismo tiempo un gran sabio, que se llamaba Francesco Redi escribe un hermoso poema ditirámbico que titula *Bacco in Toscana* y en el cual supone que Baco se establece en la Toscana donde, sentado en la verde pradera junto a la bella Ariana, prueba y juzga los vinos que en aquella región se elaboran "dejando de lado la tonta agua" que "con furor insano rompe los "puentes y ultraja las vírgenes florecillas que alegran "las márgenes de los ríos y de los arroyuelos".

Naturalmente no vamos a detenernos en los ochocientos ochenta versos del admirable poema, sólo lo hemos recordado para demostrar que cuando fue escrito, a mediados del siglo XVII, aún no había terminado la generación de los hombres del Renacimiento capaces de abarcar y dominar las distintas ramas de los conocimientos humanos.

Porque Francesco Redi, naturalista y médico ilustre que domina con igual maestría la Poesía y la Ciencia, pasa con sorprendente rapidez de una a otra y cuando cesa de ser poeta se transforma en hombre de ciencia, en un gran hombre de ciencia. Entonces estudia por primera vez en los anales de la Biología los órganos eléctricos del pez torpedo, descubre las "columnas prismáticas" y las "láminas eléctricas" de aquellos órganos y demuestra que en la superficie de esas láminas se ramifican los nervios que se cargan de electricidad bajo una excitación nerviosa.

Descubre la glándula secretora del veneno de la víbora; estudia las hidátides de origen parasitario; descubre el ácaro de la sarna y, contrariamente a todas las creencias imperantes del vulgo y de las Academias sabias, afirma que las enfermedades epidémicas son producidas por organismos microscópicos y sostiene la teoría del contagio enunciada diez



Mosaico cristiano con racimos y vástagos de vid, del siglo IV d. C. Iglesia de Santa Costanza. Roma.

El "Aguador", de Gemito, próximo a la calle Esmeralda y Avda. Santa Fe (Bs. Aires). Foto de Hernán Bernengo

VINCENZO GEMITO EN BUENOS AIRES

CUANDO el poeta Nicolás Olivari se detuvo, luego de buscar afanosamente en Nápoles, entre el berinto de callejuelas, el número 1 de la Via Monte i Dio, donde vivía Giuseppe Marotta, fue recibido ordialmente por el autor de *Las madres*, libro inolvidable que lo hará por siempre a él inolvidable. livari nos contó la entrevista, de cómo Marotta supo acerse querer en un momento. En medio de la conersación, asomando una mano por la ventana abierta golfo único, le señaló la inclusa y le dijo que allí abían abandonado, recién nacido, a Vincenzo Gemito. l niño, como ocurre siempre, gimió. Aunque su geido fue, o pareció, más lastimero que nunca. De í el nombre que lo acompañó siempre: Gemito.

Marotta solía recordarlo; porque los napolitaos no olvidan a sus hijos preclaros. Pero quizá no ació en Nápoles, aunque las enciclopedias registren nacimiento allá por haber sido bautizado con el gua bendita del cielo partenopeo. Gemito mismo ontaba: "Se me encontró envuelto en una faja de la nueva, en abundante cantidad, y no sé si aquella la fuese egipcia o europea... Se supone que yo haya sido transportado a Nápoles desde grandes regiones" (1).

Sin embargo, y por encima de todo, Gemito fue napolitano; napolitano descalzo de los "vicoli", de la costa golfina, de cada rincón de aquel lugar inolvidable que uno ha empezado a conocer y ha terminado ya por amarlo.

Todo esto lo recordmos aquí en Buenos Aires, bebiendo un poco de sol y otro poco de sombra, en la plaza San Martín. Porque con nosotros está Vincenzo Gemito, si es que la obra es el hombre. Pero digamos algo de esta plaza que resbala hacia el Río de la Plata.

Tal vez, desde la copa de su alto y viejo ombú, un buen día claro podría divisarse la costa uruguaya. Plaza histórica, si las hay, por haber sido barrio del Retiro y redondel de toros, llámase también Campo de Gloria por la heroica defensa que los porteños hicieron cuando los ingleses porfiaron en hacer suya a Buenos Aires; Campo de Marte, asimismo, por los ejercicios militares que en sus predios se realizaban. Aquí, en la orilla de lo que hoy es la serena plaza San Martín, cayó herido mortalmente (se registra en bronce el episodio), defendiendo su suelo, el teniente de Navío Cándido de Lasala, el 5 de julio de 1807. A pocos metros, en el cuartel del Retiro, el Santo de la Espada formó el regimiento de granaderos a caballo que triunfó en San Lorenzo y con él ejército de los Andes llevó la libertad a Chile y el Perú.

La plaza es hoy serena, decíamos. Dos niños de bronce juegan, corren tomados del brazo por el verde césped, sin pisarlo. Un gran mármol de Cordier burilado en 1906 y llamado *Le doute* nos muestra a un joven junto al libro Sagrado, escuchando al viejo consejero. Tal vez el único detalle agresivo sea este pequeño bronce: un niño que arrebata su polluelo a una gallina que va a saltarle, poseída de comprensible furor.

Después, en un rincón, bajo una gran fronda de viejas y encumbradas acacias —gloria de la primavera— está el bronce famoso de Gemito. De ahí que Gemito esté.

Podrían contarse con los dedos de una mano los que saben que la fuentecilla de la plaza San Martín es obra original del gran napolitano. Razón de quererlo divulgar. Porque la fuentecilla es un bronce magnífico. Gemito la llamó *L'Acquaiolo* y obtuvo con ella mucho éxito. Fue un encargo oficial; y ya sabemos cuánto le preocupaban a él los encargos oficiales: amante y apasionado de la concepción espontánea, súbita, como era. Recordemos que su cincel se mortificaba en el trabajo obligado; tanto que enloqueció. Enloqueció, en efecto, por no poder dar cumplimiento a un pedido de la dirección de Bellas Artes, que le había solicitado una obra que perturbaba sus naturales inspiraciones. Prueba de su carácter naturalista fue su *Neptuno*, espontánea creación lograda en días posteriores a su larga enfermedad mental, cuando volvía a él la luz interior.

Nuestro *Aguador* es un niño. Inclina hacia adelante, como si repechara una cuesta, el cuerpo semidesnudo, que sólo cubre un corto pantalón. Está, naturalmente, descalzo, como los humildes niños de los "bajos" napolitanos. Pero sonríe con boca dilatada. Su pelo es rizado, y debió de ser negrísimo. Tiende el brazo izquierdo, cuya mano ofrece un pequeño cántaro con asas —que fue de barro, como él— al comprador. Por eso acaso sonríe. El brazo derecho, en cambio, sostiene, entre la mano y el hueso de la cadera, un cántaro grande que vierte un hilo de agua sobre las "venecianas" del piso. Sólo si nos acercamos mucho veremos las soldaduras de los brazos a la altura de los hombros.

Sin duda Gemito se retrató. El, que fue niño pobre; que para sobrevivir, desde pequeño, trabajó en la calle: vendedor de café, sastrezuelo, pintor de brocha gorda; acaso también aguatero. O como si lo hubiera sido. Fue el dolor. "Mi nombre significa dolor", escribió.

¿Por qué este bronce vive? D'Annunzio lo dice, en cierto modo, contándonos lo siguiente: "En Nápoles florecía un joven maravilloso que dijérase nacido verdaderamente por una de aquellas estirpes emigrantes de la Hélade a las riberas de la Campania, sobre navíos conducidos por el nocturno sonido de címbalos de bronce. El vigor ingenuo de la más leve primavera helénica sonreía a sus miembros, y ardía en sus grandes ojos negros, sutilmente venados de sangre, como los de los caballos generosos... Sobre el golfo, a la presencia del mar, en un país de lineamientos armoniosos, en vista de pequeñas islas escultóricas, bellas como la más bella de las Cíclades, vívido al aire pleno, en el oro solar como en su elemento nativo; entre un pueblo semidesnudo, el joven había aprendido a estudiar la gracia y la fuerza del cuerpo humano, tanto "lungo i portici" como en las plataformas de los gimnasios. La piel oscura de los chicuelos, coloreada y endurecida por el sol y la salsedumbre habíanle dado al adolescente "il senso del bronzo".

En Nápoles, en el Palazzo di Capodimonte, entre otras creaciones de Gemito puede admirarse el notable *Pescatore*, uno de los tantos niños (acaso de la inclusa), que el pintoresco napolitano templaría. ¿Y cómo ahora no nombrar al muy amado amigo de Gemito, Francesco Mancini, de quien hay en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes espléndidas telas, y las ricas galerías del museo de Capodimonte exhiben excelentísimas creaciones? (Escribió Lagorio: "...Gemito, Michetti y Mancini formaron un triángulo singular ,en cuyo centro creció la flor incorruptible del arte...").

Pero este *Acquaiolo* de la plaza San Martín no es exactamente el mismo molde del que se encuentra en la Galería Nacional de Roma, aunque ambos nacieron "gemelos" de su inspiración. Hay ligeras variantes. El cántaro de aquél, por ejemplo, reposa más sobre la espalda que sobre la cadera; y el niño está totalmente desnudo. Pero es hijo de la misma fiebre.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

EN LA ESTANCIA DE CARLOS LINNEO



ILUSTRACION DE VERNAZZA

SALIMOS de Upsala y echamos a rodar por los caminos rurales, a campo traviesa. Ibamos a visitar la estancia de Carlos Linneo. Aún es posible hoy, recorriendo unos cuantos kilómetros, volver a un retiro que parece apartarse un siglo del ruido de nuestro tiempo. Ahí está las tres casas de la antigua hacienda tal como eran cuando el laborioso coleccionista de yerbas, de flores ,de raíces, descubrió o inventó un sistema de clasificación de las plantas basado en el estudio de sus órganos de reproducción. Aquel sistema apasionó al mundo. En estas tres casas se anudaron los hilos de una ciencia nueva nacida de la flora. Ahí está el estudio del sabio. tan simple como un establo: de madera las paredes, de paja el techo, diminutas las ventanas. Cuando le dieron título de nobleza. él mismo dibujó su escudo de "armas". Se parece a todos los escudos nobiliarios, y hay que detenerse a mirarlo para darse cuenta de cómo, donde otros ponen sus cuarteles leones feroces, castillos, brazos armados de espadas, él colocó tres coronas: la una, sobre fondo verde, hecha de hojas; la segunda ,sobre fondo rojo, con perlas; la tercera, sobre fondo negro, con diamantes. Realmente, tres coronas de tres reinos: el vegetal, el animal y el mineral... Al centro, recogiéndolo todo, un huevo. Como orla para el escudo, la florecilla más humilde de los campos, a la que reservó su propio nombre: la campánula *linnea*. Rematan estas armas, algo que el guía nos dijo no sabía de qué se trataba: dos hojas con espinas de una planta desconocida. Simplemente un símbolo de América: ¡el henequén!

*

El mundo, en la vida del sabio, se volvió al revés. Ya no fueron punto de referencia ni la Universidad de París, ni Heidelberg, ni Bolonia, ni Oxford, ni Salamanca, sino estas casitas de una estancia perdida en los campos de Suecia, y su jardín en Upsala. De la China y el Japón le escribían sus discípulos, y de Chile, el Perú, el Ecuador, la Nueva Granada, México. Por primera vez los indios de América, los más envueltos en las tinieblas de su tradición de siglos, fueron un elemento que le dio luces a la Academia. Ellos guiaban a los naturalistas en el campo, comunicaban a los botánicos los misterios de su medicina, señalaban las plantas que el propio sabio de Suecia buscaba para su jardín botánico de Upsala. Los mejores dibujantes del mundo se aplicaron a dibujar planta por planta: las flores, las hojas, los tallos, las raíces. Con páginas de esos álbumes en donde se ven por primera vez retratadas las plantas de América, al lado de las de la China o de Europa, empapeló dos habitaciones de esta casa de hacienda el sabio sueco. Ahí están. Visitando este lugar, y viendo las paredes, nos encontramos en medio de un huerto americano, con el cacao, las quinas, el maíz, la papa, el tomate y el tabaco: las cosas que le hemos dado a Europa para que se alimente, se cure las fiebres, adorne la carne, guste de los bombones, fume.

En una vitrina están los libros de Linneo, sus obras de medicina y de botánica, sus cuadernos de apuntes. Lo primero que descubrimos son dos páginas, en apretada caligrafía, con sus observaciones sobre el café. Los efectos que tiene sobre el sueño, sus estímulos, sus virtudes, su aroma, su gusto... La curiosidad de Linneo era universal. Partía a veces de una curiosidad insaciable sobre las manifestaciones más ignoradas de la vida. Su correspondencia con el sabio Mutis partió de que quería saber de la vida de las hormigas. Por un camino de hormigas, en realidad, vinieron a comunicarse Suecia y Colombia en el siglo XVII. Linneo le pedía a Mutis que le describiera las especies de nuestras hormigas, sus costumbres, su economía. El sabio gaditano que en la Nueva Granada dirigía la Misión Botánica, inició así una correspondencia y una amistad que tuvo la recompensa mayor a que pudiera aspirar un hombre de su siglo: a una de las plantas que envió el genio al de Upsala, el de Upsala respondió poniéndole el nombre de Mutisia...

*

En Upsala, los estudiantes salían de madrugada a los campos, con Linneo a la cabeza. Iban con morrales, cuchillos, lentes. Se trataba de formar los herbarios de la Universidad, y de clasificar todas las plantas de la región. A la noche, regresaban con antorchas encendidas, llenando de cantos las calles. El pueblo los recibía con gritos de alegría... En la China comenzaron a hacerse herbarios como en Upsala, y los chinos agradecidos le enviaron una vajilla a Linneo, decorada con la campánula de su escudo... Suecia toda sentía el orgullo de haber criado un sabio semejante, y se estampaba papel de colgadura con las flores y las plantas que él clasificaba, — aún se ve este papel en las alcobas de la casa — o se le regalaba una gran bandeja de plata, repujadas frutas y flores, como una suma argentina de su *Hortus Upsalensis*.

Las tres casas de la estancia, que con sus paredes rojas, rojas como las casas humildes de esa región de Suecia, parecen las tres piedras de un fogón, pero eran tres casas que aún no aislaban bastante a Linneo cuando quería estar en mayor intimidad con sus discípulos. Detrás de la casa principal, hay un cerro formado por enormes piedras verdes de lama. En la parte más alta, Linneo se construyó un mirador. Allí guardaba lo mejor de sus colecciones, y podía comunicarse con ocho o diez discípulos, que no pocas veces serían extranjeros. Ciertamente, allí no eran extranjeros. Para usar una expresión de cancionero popular, hablaban entre ellos el lenguaje de las flores... En realidad, esa es la flor de nuestro romance de la Ilustración. Una flor que, uniéndonos al resto del mundo, anunciaba el final de la colonia.

Germán ARCINIEGAS

Upsala, Suecia.

(Exclusivo para EL DIA)



Julio Herrera y Reissig.

Un estudio uruguayo del MODERNISMO RIOPLATENSE

NINGUN movimiento literario tuvo, en nuestra América, una trascendencia, un significado y una repercusión como el modernismo. Junto a esos valores ha presentado asimismo sus grandes escollos. Y así lo vemos erguido, triunfante y rutilante en su autenticidad, sólo en sus verdaderas personalidades: en Darío, en lo más fino de Lugones, en lo mejor de Herrera y Reissig, y de algún otro, en tanto que palidece en los poetas que, siendo modernistas, se impregnaron demasiado de sus peligros ornamentales, de su declive a la superficialidad pintoresca o a la música fácil. Ruben Darío es modernista en "Azul..." y sobre todo en "Prosas profanas". En "Canto de vida y esperanza" ya está en el post-modernismo. La misma riqueza y audacia metafórica de la poesía actual —así como su frecuente "escapismo"— es, en gran parte, herencia del modernismo, que se expresó preferentemente por imágenes, por símbolos. Y esta es la gran trascendencia del modernismo: su influencia, mayor o menor, interna o externa, la hallamos en un sector muy amplio de nuestra poesía postmodernista (generalmente el sector sin tonos populares o de preocupaciones nacionalistas o político-sociales). Porque el modernismo —depurado de sus peligros y sus excesos— abrió al poeta un mundo infinito de revelaciones y posibilidades. Esta misma virtud, esta misma amplitud, explicaría el hecho de que —a diferencia del clasicismo y el romanticismo, tan fáciles de definir y clasificar— el modernismo es difícil y un tanto huidizo para quien quiera realizar su exégesis. Su carácter es tan multifacético —en su mezcla de parnasianismo, simbolismo y decadentismo— que todo el que busque definirlo y explicarlo, llegará a la conclusión —quizá un tanto arbitraria— de Juan Ramón Jiménez (testigo y actor del modernismo) de que, en vez de ser una escuela o un movimiento, el modernismo es "una época". A esa época —o, si se prefiere, a esa escuela, a ese movimiento— ha dedicado un libro el ensayista uruguayo Antonio Seluja Celin (*), ubicándolo especialmente en su área platense.

De los méritos de este estudio, hemos de destacar dos: los intensos trabajos de investigación que representa y la excelencia de su método, de su plan que es asimismo una realización.

Como muy certeramente señala Seluja al comenzar su ensayo, "el modernismo en el Río de la Plata es un aspecto limitado de otro más vasto que tuvo —en sus comienzos— como escenario el mundo hispanoamericano". Ciertamente, pese a tal limitación y brevedad, el modernismo platense dio dos figuras que enaltecen la lírica de habla hispana: Herrera y Reissig, en la mejor y mayor parte de su obra, y Lugones en un sector pasajero pero asimismo trascendente de su producción y el que más influencia y sugestiones ejerció. Seluja no olvida este hecho y a ambos poetas dedica la atención y el espacio que merecen: catorce páginas de apretado texto están consagradas al autor de "Los peregrinos de piedra", además de las muchas menciones en otros capítulos.

Luego de un ensayo en que estudia el ambiente, el "back-ground" de su tema, sus raíces histórico-sociales y su clima afrancesado, el autor entra a evocar a los precursores del modernismo hispanoamericano: los cubanos José Martí y Julián del Casal, los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón y el colombiano José Asunción Silva, para en seguida entrar de lleno en la exégesis de Darío. En general, no hay reparo en el reconocimiento de lo justo que es ubicar a esos cinco precursores antes de Darío, y así se ha venido haciendo, con criterio histórico. Sin embargo, nosotros creemos que ni la justicia ni la historia son en este caso completas si a esos cinco nombres no se agrega el del peruano Manuel González Prada (1844-1918) especialmente por sus bellos y hondos "triolets". El olvido de González Prada se explica —en parte— por el hecho de que en él se ve, sobre todo, al valiente ensayista que alguna vez calificamos de "padre del indigenismo". Era también un finísimo poeta, tan precursor del modernismo como Gutiérrez Nájera o Asunción Silva (no como Julián del Casal, pues González Prada no dio nota parnasiana).

Quizá —y puesto que el ensayista se refiere a la prosa modernista en el Uruguay, en un estudio de hermandad platense— correspondiera asimismo algún recuerdo a dicha prosa en la Argentina y a "La gloria de don Ramiro" de Larreta. Hacemos estas observaciones porque pensamos que quizá sean útiles para una segunda edición —que deseamos— de este libro.

El estudio de la obra de Darío se amplía con una recreación del Buenos Aires en los años del fervor modernista, sobre todo a "la actividad de Ruben en Buenos Aires en ese período —el más fecundo de su creación— en virtud de que su presencia en ésta, determina y orienta la vocación de otros escritores a él vinculados". Esto último es bien cierto. En cambio, creemos un tanto discutible la afirmación de que la estada de Darío en Buenos Aires corresponda al "período más fecundo de su creación" ya que puede pensarse que lo mismo podría afirmarse de su anterior estada en Chile, pues fue allí que ideó, escribió y publicó su "Azul...", más importante, históricamente, que "Prosas profanas" aunque éste contenga poemas de una más alquitarada realización. "Azul..." es, para nosotros, la Biblia del Modernismo. Fue en Chile que Ruben se encontró con el modernismo, y ello también puede ser un símbolo de fecundidad artística, sin dejar de reconocer lo provechoso de su estada en Buenos Aires, ni la trascendencia de "Prosas profanas".

Muy oportuna y necesaria es la referencia que Seluja realiza, en torno a las revistas del modernismo, tanto en Buenos Aires como en Montevideo. Su importancia se comprende si no olvidamos cómo contribuyeron a la difusión de la nueva modalidad y asimismo a iniciar amistades entre sus adláteres.

En el pleito Lugones-Herrera y Reissig a propósito de los sonetos de "Los doce gozos" y "Los parques abandonados", el ensayista reconoce, como es lógico, la prioridad del argentino, agregando —lo que nos parece acertadísimo— la declaración de Lugones negando haber recibido influencias de Samain, porque "aquella forma de soneto (la de "Los doce gozos") cuya novedad principal consiste en el manejo del endecasílabo —por donde tampoco pudo resultar imitación de Sanain— me vino por tendencia personal, constituyendo mi estilo poético". Este recuerdo de los alejandrinos de "Aux flancs du vase" y de "Le chariot d'or" —quizá también de "Au jardin de l'Infante"— nos mueve a pensar en la evidente sugestión ejercida por Samain en "Los éxtasis de la montaña", pese a lo mucho que el uruguayo agregó de su personalidad.

Nos parece muy aguda la observación de Seluja al afirmar que "el modernismo en el Uruguay no comenzó (como en otros países de América) con el verso, sino por el contrario, con la prosa". Estudia, para demostrarlo, las "Academias" de Reyles, el período modernista de Horacio Quiroga (que mezció verso y prosa) y "la profesión de fe modernista" de Rodó, fe de la que muy pronto había de apartarse. Es sobre todo en el panorama lírico del modernismo uruguayo donde hallamos los mejores aciertos, ya al evocar a Roberto de las Carreras y a Toribio Vidal Belo como precursores de Herrera y Reissig, ya al estudiar a éste o al subrayar que en María Eugenia Vaz Ferreira "del modernismo, pocos rastros encontramos en su obra, exceptuando las libertades métricas; pero vivió en su época y bajo su signo, si bien supo trascenderlo con angustiada voz". Luego estudia a Delmira, a Vasseur (que quizá no sea, en verdad un modernista), y a los que podríamos llamar líricos menores de nuestro modernismo.

Un "balance final" y una nutrida bibliografía cierran este libro, redactado en un estilo claro y ágil y destinado a ser de gran utilidad, sobre todo por su orientación eminentemente didáctica. Entre las ausencias que notamos en la bibliografía señalaremos el muy importante libro de Alfred Coester "Anthology of the modernista movement in Spanish America" (Ginn and Cº, Boston, etc., 1924) que incluye dos prosas de Rodó (del "Ruben Darío" y de "Ariel") y diez poemas de Reissig, muy bien seleccionados.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)

(*) Antonio Seluja Cecin. El modernismo literario en el Río de la Plata. Ensayo premiado por la Academia Nacional de Letras. Concurso "Raúl Montero Bustamante". Montevideo, 1965. Edición del autor, impresa en los talleres Sales. Con dos grabados de Manuel Domínguez Nieto. 168 Pág.



Ultima fotografía de Leopoldo Lugones; tenía entonces sesenta años de edad. (La ilustración pertenece al libro "Mi Padre", por Leopoldo Lugones, hijo. Reproducción especialmente autorizada por dicho autor).

Había dejado la puerta abierta. Nadie vendría tampoco. Antes que anocheciera estaría del otro lado de la barra. Alguno de los negros iría hasta el pueblo, cortando camino por el arenal. Al otro le pediría que se quedara junto al muerto mientras ella durmiera. Velándolo con aquellos candeleros de caracoles que hiciera Rosendo.

No los conocía. Nunca los había visto, pero sabía que lo harían.

El dolor volvió a repetirse y se sintió achuchada. Tendría que abrigarse y partir en seguida.

Creyó no llegar al final de la barranca.

—Es la majuga que viene llegando —se dijo. Lástima que Rosendo no podría verlo al pejerrey chico. Lo quería para compañero de pesca.

Miró hacia los médanos en un último intento de que viniera el carro. Iba entrando en la casilla, cuando el dolor la hizo prender del marco.

Se mordió los labios y al mirar al mar estalló en llanto.

El viento iba alejando al bote de la costa. Rosendo, inclinado hacia un lado, parecía ir arreglando los toletes.

Una bandada de gaviotas, volaba como una corona.

Ricardo Leonel FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

EL OTRO LITORAL

LA mujer se asomó a la puerta y miró el cielo. La bandada de gaviotas parecía una nube desgranada en medio de la soledad. Había cesado de llover y el mar estaba en calma. Las gaviotas volaban ondeadas como olas. No recordaba haberlas visto antes, tan silenciosas como ahora.

Ella estaba sola, con el muerto. Hacía dos días que estaba sola con él. Esperando que la lluvia quedara detenida y asomara en los médanos, el carro que venía todas las semanas a llevar el pescado.

No quedaban huellas, pero ella en siete meses de verlo llegar, sabía bien por donde aparecía. Sentía que el silencio la rozaba y pensé que el mar se encontraba dormido de cansancio.

*

Al atardecer, las nubes abrieron una boca. Ella había estado en lo alto de las barrancas a pesar de saber que nadie vendría.

El mar había crecido y llegaba hasta el bote. Puso tensa la cuerda del ancla. Se descalzó y sintió las olas. Se empapó la cara. Tuvo la sensación de que iba a caerse. Tal vez llegó a inclinarse porque se mojó el ruedo del vestido. Después vio la bandada de gaviotas flotando como boyas. Todos los días Rosendo y ella limpiaban el pescado. Los desperdicios quedaban en la costa. El griterío los unía. El, siempre tan callado, decía:

—Qué laterío tienen en las gargantas.

Tiraba la cabeza y las aletas del pescado. Le miraba el vientre a la mujer y sonreía:

—Cuando aparezca esa majuga ya va tener pa entretenerse.

Con dos lunas más, andaría redondeando.

*

Quedaban cuatro velas. No durarían toda la noche, goteando sebo en los candeleros hechos con caracoles.

La mujer encendió fuego pero no tenía ganas de cenar. Un olor raro a tierra quemada, aparecía de repente. Abrió la ventana y el viento apagó la vela.

El resplandor del brasero, veteaba de cobre la cara del muerto. La mujer se arrimó y le tocó la frente, le cerró las solapas del saco y subió el cobertor que lo cubría.

Quedó sentada en un banco petiso, la espalda apoyada en las tablas de la pared.

—Esto no es de nadie, ni el mar es de nadie —había dicho Rosendo el día que la trajo.

Entrecerró los ojos. El viento estaba puliendo las arenas.

*

Debía ser muy tarde cuando despertó. Las olas jugaban con luces verdosas y veía transitar las nubes hacia el mar. Apoyada en el marco de la ventana, estuvo pensando cómo avisaría que Rosendo había muerto.

Dos leguas era mucha distancia. Tampoco podía dejarlo solo. Era difícil que el carro llegara ese día. Con aquel tiempo estaban seguros de que no habría pesca.

Cerró la ventana y encendió la vela. Parecía que el olor viniera de la pila de pescado salado puesto a orear sobre el zarzo.

*

Esperaría al mediodía. Si no viniera el carro trataría de llevar a Rosendo hasta el bote.

Iría costeando la orilla. Rosendo le había dicho que después de la barra de la laguna, más allá de la punta de piedras, había dos negros pescadores.

Ella había visto la casilla, un día que salieron a pescar.

Resolvió tomar un poco de café y puso a hervir pescado con arroz. No tenía hambre, pero si no llegaba el carro, tendría que remar.

Partió galleta y la comió parada en el umb...

Podía oir al viento silbando en las mader...

las paredes.

*

Faltaba poco para ocultarse el sol. Había lle... los remos. Arrimado el bote hacia el agua, hacién... rodar sobre los troncos. Puesto una vela encen... sobre un caracol, en el fondo, al abrigo del vie...

Estuvo esperando inútilmente. Llegó hasta lo... de los médanos. Podían verse las huellas desca... tatuando el arenal. Sus ojos cansados de otear en... distancia, la mano puesta de visera, los labios rese...

Las huellas estaban gritando los viajes que h... Luego había echado salmuera en la cara y en... manos del muerto. Empapando una toalla y ac... ciando la piel fría. Tenía los ojos sin llanto y se... un malestar extraño.

—Tres días casi sin dormir —se dijo—. Lu... pensó que dos noches antes de morir, cuando se ... fermó, casi no había dormido tampoco.

Se inclinó y echó el cobertor hacia atrás. ... quitó dos caracoles pequeños que le había pue... sobre los ojos, los besó y los tiró en la arena.

Al moverlo, miró hacia el zarzo y tuvo la ... guridad de que el pescado ya no serviría para ... consumo.

Cuando asomó a la puerta, abrazada a Rosen... casi arrastrándolo, las gaviotas volaban gritando ... bre el bote.

*

No cabe cómo pudo llegar con él y trepar... Fue cuando nuevamente tuvo la sensación de que i... a caerse y el dolor se le fijó en el vientre co... un anzuelo.

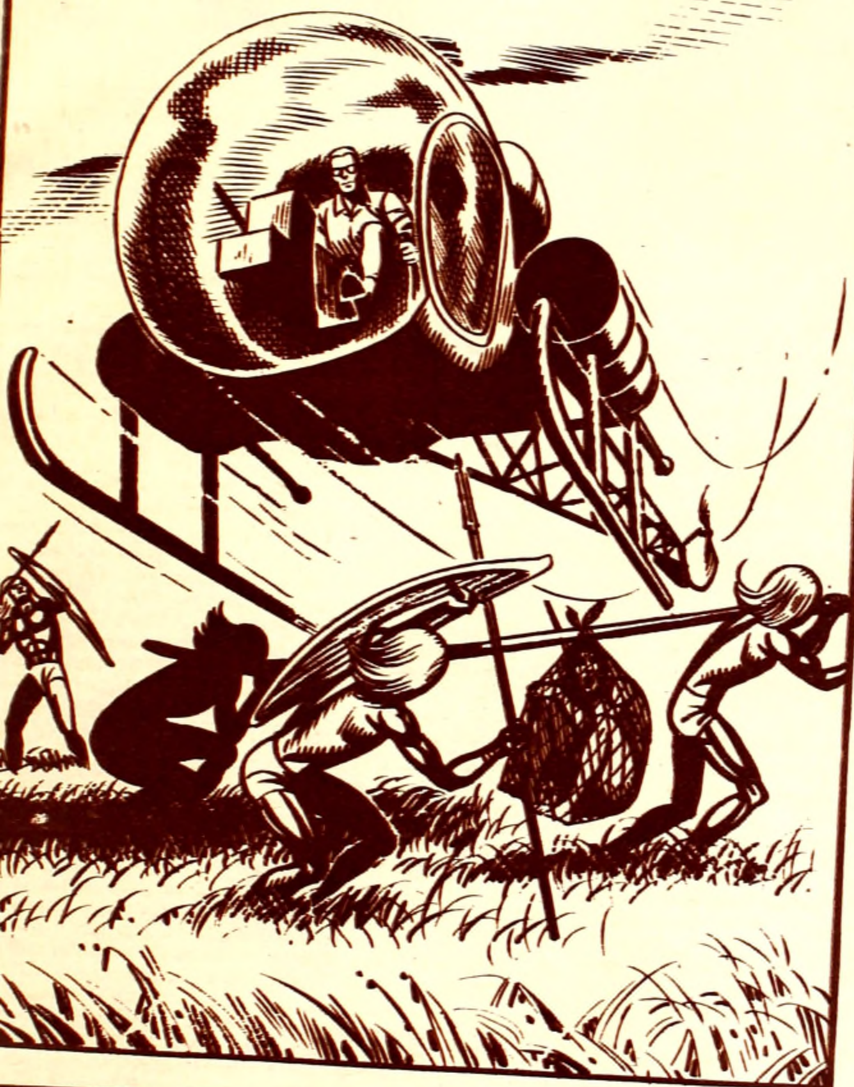
El bote estaba donde moría la última ola. ... mujer lo apoyó en el fondo del mar cuando se sen... a descansar.



DIBUJO DE BONILLA

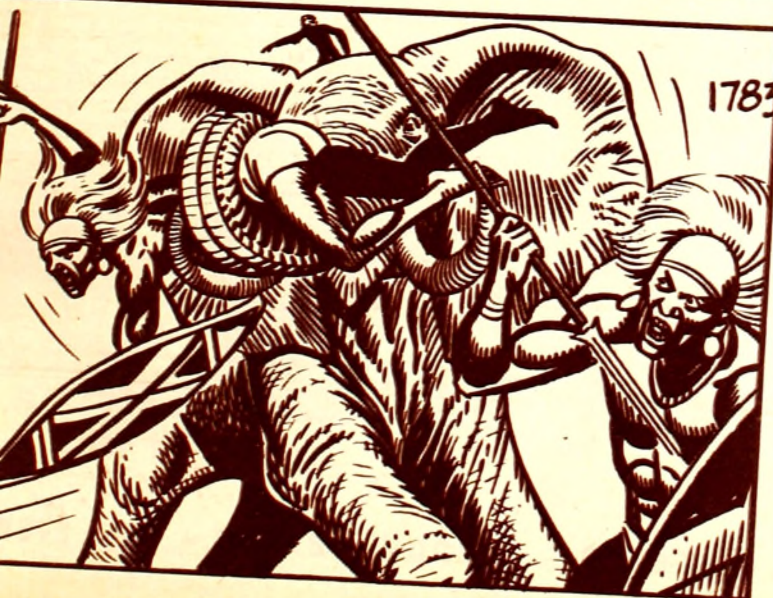

EDGAR RICE BURROUGHS'
Tarzan®
SI TRATO DE ATERRIZAR, NUNCA ENTENDERÁN MI MOTIVO.


TAL VEZ SI LOS ASUSTO, SUELTE A TARZÁN.


TRATANDO DE AMEDRANTARLOS EL DR. BANE LANZA EL HELICÓPTERO SOBRE LOS CAPTURADORES.


¡NO LO HARÁN!


Y NO PUEDO CONTINUAR POR FALTA DE COMBUSTIBLE. ¿QUÉ ES ESO?
Tm. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
© 1965 by United Feature Syndicate, Inc.




¡QUÉ EXTRAÑO! ¡UN ELEFANTE CORRIENDO A LOS INDÍGENAS!



¿QUIEN MATO A KENNEDY?

¿LOCURA O CONSPIRACION?

NOTA Nº 5



"EL asesinato de John Fitzgerald Kennedy, ocurrido el 22 de noviembre, fue un cruel y espantoso acto de violencia dirigido contra un hombre, una familia, una nación y la humanidad entera. Un joven y vigoroso líder que tenía por delante largos años de vida pública y privada, cayó víctima del cuarto asesinato cometido en la persona de un presidente en la historia de una nación consagrada al concepto del debate nacional y el cambio político pacífico".

El párrafo corresponde a la introducción del llamado informe Warren, suscripto por los siguientes prominentes y prestigiosos ciudadanos: Earl Warren, presidente del Tribunal Supremo de la República; Richard B. Russell, presidente de la comisión de asuntos militares del Senado, así como ex gobernador y ex procurador general del Estado de Georgia; John Sherman Cooper, senador también de la República, ex juez de condado y ex juez del Estado de Kentucky, así como ex embajador en la India; Hale Boggs, representante por el Estado de La Luisiana en el Congreso de la República; Gerald R. Ford, representante en el Congreso por el Estado de Michigan; Allen W. Dulles, ex director de la Agencia Central de Inteligencia y John J. McCloy, ex presidente del Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento.

La tarea de los investigadores fue amplia y profunda. Desde el día del asesinato el FBI realizó aproximadamente 25.000 entrevistas y reentrevistas con personas que poseían alguna información de posible pertinencia con las averiguaciones. Al concluir la investigación el FBI había presentado un número superior a 2.300 informes, que en total representaban alrededor de 25.400 páginas escritas a máquina. El Servicio Secreto realizó aproximadamente 1.550 entrevistas y presentó 900 informes, con un total de unas 4.600 páginas. Para llevar a cabo su cometido, la Comisión solicitó el concurso de peritos de toda especie, desde los expertos en ciencia atómica a los versados en geometría plana. Prestaron su contribución a este objeto peritos en impresiones digitales, grafología, armas de fuego y balística, fibras, medicinas, fotografía e incluso un topógrafo.

Aclarar cómo se cometió el asesinato no costó mucho. Se reconstruyeron las escenas determinándose con exactitud la trayectoria de los proyectiles, el paso de los vehículos, la posición de los protagonistas y otros detalles que, por otra parte, habían sido filmados por un aficionado en el momento en que las escenas eran reales y trágicas.

Lo difícil advino cuando la comisión debió encontrar las causales del asesinato. Había un culpable: Oswald, que no tenía conexiones con el exterior u organización de tipo alguno, que tampoco formaba parte de un complot pero que no tenía motivos valederos ni ideológicos, ni emocionales para asesinar a Kennedy. Entonces, ¿por qué motivo planeó tan perfectamente su crimen?

La respuesta simple es la siguiente: Oswald estaba loco.

Pero el asunto vino a complicarse más adelante. Oswald debía ser trasladado a otra cárcel. El informe Warren advierte que "habían sido tomadas las providencias del caso admitiendo el ingreso de periodistas y gente de TV, previo un chequeo general de credenciales, chequeo que se hizo riguroso ante las versiones de que Oswald iba a ser asesinado". "El carro blindado en que debía ser conducido el acusado fue alquilado por la policía ante el hecho de que ninguno de los que tenían era lo suficientemente fuerte para brindar garantías al acusado". Pero como era demasiado alto y no pudo entrar en el garaje, Oswald y sus acompañantes debieron caminar unos pasos para llegar a él luego de abandonar el ascensor. En este corto trayecto Ruby, saliendo de detrás del detective Combest consumó su crimen.

¿Qué móviles impulsaron a Ruby a cometer el asesinato? Nuevamente la comisión se hallaba ante otro gran escollo. Ruby podía ser de todo menos patriota o altruista. Era un hombre de los bajos fondos que vivía del juego, la prostitución y la negación de cualquier tipo de motivación moral.

Pero Ruby había matado a Oswald y algún motivo habría

La respuesta vuelve a ser aplastantemente simple: Ruby estaba loco.

RAZONES O FALTA DE ELLAS...

Ante esas desconcertantes contestaciones: "Ambos mataron obedeciendo a su propias razones emocionales o su falta de ellas..." un mundo de conjeturas y suposiciones ha quedado en pie. Se entiende que hay muchos puntos oscuros en las investigaciones y algunos presienten que algo horrible se esconde tras el asesinato de Kennedy y lo que él representaba. Warren advirtió a los periodistas en cierta ocasión que "algunas de las informaciones... podrían no ser dadas a conocer en el término de nuestras vidas".

Sea como fuere calificar a Oswald y a Ruby de locos es la fórmula más fácil para salir de la difícil situación. Otra cosa hubiera sido decir que hubo un complot, de izquierda o de derecha, de los segregacionistas o antisegregacionistas, de los grupos de poder o de los gangsters... Alguna de esas posibilidades habría sacudido hasta la raíz el sistema norteamericano porque la sospecha, como bien decía Gaborian, es como un insecto imperceptible que se introduce en el tronco de un árbol y lo devora en una noche. Cuando ha penetrado en nuestro ánimo, se desarrolla y luego destruye en él hasta las creencias más arraigadas". Por ese motivo la revista "Visión" afirmaba en un artículo que "en última instancia, al aceptar como un auto de fe la culpabilidad única de Oswald, los norteamericanos están protegiéndose a sí mismos".

Los estadounidenses han optado por el viejo proverbio: "in dubiis abstine" —en la duda abstente— pero en el mundo ha prevalecido aquel otro que afirma: "dubitat qui non cogitat" —no duda quien no piensa.

El conformismo por el asesinato de Kennedy ha creado un manto de silencio. No pregunta más. No quieren saber más. A Kennedy lo mató un loco y a éste otro loco y eso es todo...

Es difícil de creer porque hasta un enajenado tiene motivos y Oswald, el acusado número uno que afirmó su inocencia hasta morir, no los tenía.

Pero la herida contra el honor, la fe, la honestidad y el destino de los Estados Unidos está cicatrizando. Quizás no sea bueno hurgar. Posiblemente sea mejor seguir hacia adelante. Oscar Wilde no pensaba así, él decía: "Se habla demasiado de la belleza de la certidumbre; parece que se ignora la belleza más sutil de la duda. Creer, es harto monótono; la duda es profundamente apasionante. Estar alerta, he ahí la vida; yacer en la tranquilidad, he ahí la muerte", permítasenos pues el derecho a la duda...

FIN

Bernardo ROBINSON

(Exclusivo para EL DIA)